

siguiendo la misma direccion que llevaba Castaños, y que lo persiguiese tenazmente hasta que no le quedase un solo hombre. Al general Maurice-Mathieu, que iba á los alcances de aquel mismo general con las tropas del mariscal Monecy, ordenóle que desistiese de esta empresa, y que devolviese al mariscal las tropas que le pertenecian, á fin de que éste pudiese volver á empezar con todas sus divisiones los trabajos del sitio de Zaragoza. Napoleon mandó, por último, al general Saint-Cyr, encargado de la guerra de Cataluña, que acelerase las operaciones en virtud de las cuales debía dirigirse á Barcelona, y que levantase el bloqueo de aquella gran ciudad. Tomadas, pues, estas disposiciones relativas á las tropas de la izquierda, envió en seguida á las de la derecha las siguientes instrucciones.

El mariscal Lefebvre, establecido en Carrion para mantener ligado el centro del ejército francés con el del mariscal Soult, recibió orden de seguir el movimiento general sobre la corte, dirigiéndose con los dragones de Milhaud sobre Valladolid y Segovia, á fin de que cubriese lo derecha del cuartel general. El general Junot, cuya primera division iba avanzando, debía acelerar su marcha para reemplazar al mariscal Lefebvre sobre la falda meridional de las montañas de Asturias, donde el mariscal Soult no tardaria en reaparecer, así que hubiese sometido á estas provincias. Estos dos cuerpos de ejército, uno de los cuales habia conquistado en otro tiempo, á las órdenes del mariscal Bessieres, el reino de Castilla la Vieja, al paso que el otro habia conquistado igualmente el Portugal á las órdenes de Junot, debian combatir reunidos bajo

el mando del mariscal Soult, con los ingleses, primero en Castilla la Vieja, y luego en Portugal, según fuesen exigiéndolo las operaciones. Finalmente; habiendo llegado ya á Bayona la vanguardia del quinto cuerpo de ejército procedente de Alemania, Napoleon ordenó al mariscal Mortier, que era quien mandaba esta fuerza, que marchase sobre Burgos á ocupar la vacante que quedaba en esta ciudad á causa de la traslacion del cuartel general á Madrid.

Arreglado que fué todo en los mencionados términos, Napoleon emprendió la marcha sobre la capital, llevando consigo únicamente al cuerpo de ejército del mariscal Victor, la guardia imperial, y una parte de la reserva de caballería, esto es, mucho menos de cuarenta mil hombres. Con esta fuerza, sin embargo, tenia mucha mas de la que se necesitaba para abrirse camino hasta la corte, por entre el enemigo que tenia que vencer.

Habiendo mandado primeramente al mariscal Victor hácia la izquierda del camino de Madrid, á fin de que apoyase la retaguardia del mariscal Ney, ordenóle despues que regresase por Aillon y Riaza sobre la carretera, hasta el punto mismo donde esta empieza á elevarse para atravesar la cima del Guadarrama. Anticipadamente habia mandado ya al general Lassalle, el cual se hallaba situado con su caballería al pie de estos montes. Luego envió los dragones de Lahoussaye, y de Latour-Maubourg, y por último, encaminó tambien á la guardia, cuyos fusileros á las órdenes del general Savary, avanzaron hasta Boceguillas, á fin de observar á los restos del ejército del marqués de Belveder, que se habian refugiado entre Sepúlveda



y Segovia. El 23 partió el mismo Napoleon de Burgos para Aranda.

Después de la derrota de Burgos, la capital habia quedado en descubierto. No pudiendo, empero, figurarse en su presuntuosa ignorancia la junta de Aranjuez, que Napoleon tratase de dirigirse sobre Madrid tan pronto, se habia con entado con espedir las tropas disponibles que le quedaban en la corte á las montañas de Guadarrama, á fin de que ocupasen los desfiladeros. De consiguiente, reuniéronse sobre este punto, en la garganta que sirve de paso de una á otra falda, los restos del ejército de Estremadura, y las tropas que se habian quedado en Madrid pertenecientes á las divisiones de Andalucía. Entre unas y otras componian un total de doce á trece mil hombres, cuyo mando se confirió al bizarro y entendido militar don Benito San Juan. Este general habia establecido al pie de la falda por donde tenian que trepar nuestras tropas, en la ciudad de Sepúlveda, una vanguardia de tres mil hombres. En seguida distribuyó los otros nueve mil en las gargantas de Somosierra, por donde tenia que atravesar nuestro ejército. Parte de su gente colocada á derecha é izquierda del camino, el cual se elevaba formando numerosas sinuosidades, debia contener á nuestros soldados por medio de un fuego de fusilería dirigido contra ellos por un lado y por otro. Los demas interceptaban el paso de la calzada por el punto mas difícil del desfiladero, con diez y seis piezas colocadas en batería. Aquel obstáculo podia considerarse como uno de los mas serios que se habian encontrado en toda la guerra. Los españoles se creian invencibles en aquella posicion, y

la junta misma confiaba tanto en la resistencia que se habia preparado allí á nuestras tropas, que ni aun siquiera se movió de Aranjuez. Verdad es, que tambien esperaba que el general Castaños, á cuya derrota se obstinaban en no dar crédito, tendria tiempo bastante para ir por el camino de Guadaluajara á colocarse entre Guadarrama y Madrid, y que operando los ingleses un movimiento análogo al de Castaños, se apresurarian á cubrir la capital de las Españas, marchando los unos por Avila y los otros por Talavera. El lector ha visto ya lo fundadas que eran semejantes esperanzas.

Hallándose completamente ejecutadas el 29 las órdenes que Napoleon habia dado el 26 para la marcha sobre Madrid, emprendió el movimiento en el mencionado dia con direccion al pie del Guadarrama, y estableció su cuartel general en Boceguillas. El general Savary, que habia practicado un reconocimiento sobre Sepúlveda, no para dispersar las tropas españolas que se hallaban allí, sino con objeto de saber su fuerza y sus intenciones, se habia retirado en seguida, después de haber cogido unos cuantos prisioneros. Sorprendidos los españoles de que no los hubiesen desalojado de su posicion, enviaron á Madrid la noticia de que habian obtenido una gran ventaja sobre la guardia imperial. Napoleon llegó á Boceguillas el 29 á medio dia, y montando á caballo aquella misma tarde, se internó en las gargantas de Somosierra, reconoció por sus propios ojos las posiciones del enemigo, y adoptó todas las disposiciones necesarias para la madrugada del siguiente dia. A la division Lapisse prescribió que se dirigiese sobre la derecha de la calzada, á fin de que conquistase al amanecer la



posicion de Sepúlveda, y á la division Ruffin, que partiese al propio tiempo para trepar las rampas del Guadarrama hasta llegar á las gargantas mismas de Somosierra. El 9.º de ligeros debia seguir de altura en altura la orilla derecha del camino, y el 24.º de línea la izquierda, con el objeto de destruir las defensas establecidas sobre los dos flancos. El 96.º debia marchar en columna por la misma carretera. Detras debia seguir la caballería de la guardia, y Napoleon con su estado mayor. Los fusileros de la guardia habian recibido la órden de apoyar este movimiento.

Aun cuando el tiempo, atendida la estacion, era excelente, el sol sin embargo, no lucia hasta mitad de la jornada. Desde las seis hasta las nueve, solia hallarse el pais, y las montañas con especialidad, cubiertas de una densa niebla. De manera, que al mandar Napoleon que fuese atacada Sepúlveda á las seis de la mañana, contaba con ser dueño de esta posicion á las nueve, á cuya hora debia hallarse ya en la cima de Somosierra la columna espedida con este objeto. Merced á la niebla, podia ésta muy bien llegar á la cima de la montaña sin ser vista, y empezar sobre ella el fuego, así que hubiese concluido en el pie de la misma.

La columna enviada contra Sepúlveda en la madrugada del 20, no tuvo que hacer otra cosa que mostrarse para ahuyentar á los tres mil defensores que la custodiaban, los cuales echaron á correr en el mayor desórden hácia Segovia á fin de incorporarse con los dispersos del marqués de Belveder.

La que habia recibido el encargo de trepar por las pendientes de Somosierra, llegó sin ser vista á

un punto muy cercano del en que se hallaba el grueso del enemigo. Disipóse la niebla de repente, y los españoles no pudieron menos de mostrarse en extremo sorprendidos, al verse atacados sobre las alturas de la derecha y de la izquierda por el 9.º de ligeros y el 24.º de línea, los cuales fueron desalojándolos de puesto en puesto de los flancos del camino, que aquellos defendieron bastante mal. Pero el grueso de sus tropas, que, como ya hemos dicho, se hallaban situadas en la misma carretera, detrás de diez y seis piezas de artillería, hacian un fuego vivísimo y terrible sobre la columna que iba avanzando por la calzada. Queriendo Napoleon demostrar á sus soldados, que con los españoles era preciso no reparar en los riesgos, y pasar por encima de sus cuerpos donde quiera que se les encontrase, ordenó á la caballería de la guardia que arrollase al galope todo cuanto se le ofreciera delante de ella. El general Montbrun, oficial brillante de caballería, avanzó á la cabeza de los polacos de ligeros, tropa escogida que Napoleon habia formado en Varsovia, á fin de tener en su guardia soldados de todas las naciones y de todos trages, y se precipitó á galope sobre las baterías del enemigo, desafiando el horrible fuego de fusilería y de metralla que se les dirigia de todas partes. El primer escuadron sufrió una descarga, que lo puso en desórden, al ver que habian caido treinta ó cuarenta ginetes. Pasando, empero, por encima de los heridos los escuadrones que iban detrás, llegaron hasta los cañones, acuchillaron á los artilleros, y se apoderaron de las diez y seis piezas. El resto de la caballería se lanzó en persecucion de los españoles, y descendió acuchillándolos la falda opues-



ta del Guadarrama. En vano procuró el bizarro San Juan, lleno de heridas y cubierto de sangre, contener á sus soldados: aquello fué, lo mismo que en Espinosa y en Tudela, la mas completa y la mas vergonzosa derrota. Las banderas, la artillería, mas de doscientas cajas de municiones, y casi todos los oficiales, cayeron en nuestro poder. Los soldados se dispersaron á derecha é izquierda de las montañas, dirigiéndose hacia la derecha el mayor número con el objeto de refugiarse en Segovia.

Aquella misma noche llegó á Buitrago el cuartel general con toda la caballería, y los españoles supieron de boca de los franceses el descalabro de lo que ellos llamaban ejército de Somosierra. Los polacos sufrieron la pérdida de unos cincuenta hombres entre muertos y heridos. Napoleon los llenó de recompensas, y comprendió en la distribución de los favores á Mr. Felipe de Segur, el cual recibió una porcion de heridas en aquella carga. Designóle, además, para que fuese el portador de las banderas cogidas en Burgos y Somosierra, las cuales destinó al Cuerpo legislativo.

Napoleon se apresuró á desparramar su caballería desde Buitrago hasta las puertas de Madrid, y á emprender él mismo la marcha hacia la capital, á fin de apoderarse de ella, ora fuese valiéndose de la fuerza, ora de la persuasión, cuyo medio le parecía preferible para evitar los horrores de un asalto. Felizmente no se hallaba la corte en estado de defensa, y el tumulto que en ella reinaba, hubiera hecho imposible, por otra parte, toda resistencia, aun cuando sus muros hubieran sido bastante fuertes para contrarrestar al formidable enemigo que la amenazaba.

A consecuencia de la noticia referente á la derrota de Somosierra, desvaneciéndose como el humo la loca presuncion de los españoles, y la junta se habia apresurado á abandonar á Aranjuez, dirigiéndose á Badajoz, y anunciando al tiempo de su marcha su resolucion de preparar en el Mediodía de la Península medios de resistencia, cuya eficacia, segun ella, probaba Bailen de una manera incontestable. Mas no por esto se habia desistido de la idea de disputar la posesion de Madrid al conquistador del Occidente. El partido violento y anárquico de la poblacion lo queria así, y amenazaba con pasar á cuchillo á cualquiera que propusiese la capitulacion. Tomás de Morla y el marqués de Castellar, de concierto con una junta que se hallaba reunida en la casa de Correos, fueron encargados de la defensa. Quedaban á la sazón en Madrid tres ó cuatro mil hombres de tropas de línea, no de las mejores: pero habiase agregado á esta guarnicion un pueblo frenético, así de la coronada villa como de las poblaciones inmediatas, el cual habia exigido y obtenido armas, inútiles en sus manos para la salvacion de la capital, pero en extremo terribles para las gentes honradas. Habiendo creído observar algunos furiosos, que la pólvora que se les habia distribuido era casi toda arena, dirigiéronse en busca del marqués de Perales, corregidor de Madrid, á quien una muger habia acusado de cómplice en una traición urdida contra la seguridad de la capital, y al cual se le achacaba que habia preparado municiones adulteradas al efecto, y apoderándose de aquel desgraciado, lo degollaron, como á tantos otros, y en seguida arrastraron su cuerpo por las calles. Des-



pues de tomarse este horrible desahogo, los bárbaros dominadores de Madrid, se apresuraron á hacer algunos preparativos de defensa bajo la direccion de personas de la facultad. Madrid no se hallaba fortificado: sus muros eran por el estilo de los que habia en París hace algunos años, antes de los trabajos que han hecho la ciudad inespugnable. En esta atencion; aspilléronse las tapias, atrincheráronse las puertas, y colocáronse en ellas baterías. Las puertas de Alcalá y Atocha, las cuales facilitan la entrada á la población por los caminos que seguian los franceses, fueron fortificadas con mucho mas esmero que las otras, practicando detrás de ellas parapetos, y erigiendo trincheras en las calles adyacentes, á fin de que, vencida la primera resistencia, quedase otra donde resguardarse.

Sobre las puertas de Alcalá y Atocha eleváronse sobre un terreno prominente delante de Madrid el sitio y el bosque del Buen Retiro, los cuales se hallan separados de la capital por el famoso paseo del Prado. Aspilléronse las tapias de este real sitio, lleváronse á él abundancia de piezas de artillería, y guarneciolo una multitud fanática, muy capaz para saquearlo, mas no para defenderlo. Uniendo las mugeres sus esfuerzos á los de los hombres, desempedrarón algunas calles, y subieron las piedras á los tejados de las casas, á fin de lanzarlas sobre los sitiadores. Día y noche se tocaban á vuelo las campanas con objeto de mantener animada la población. El duque del Infantado partió de Madrid en secreto á buscar á Castaños, á fin de que viniera con sus tropas en auxilio de la capital.

Toda esta agitacion, sin embargo, estaba muy lejos de ser un medio de resistencia bastante

para contrarestar ni contener la pujanza de las tropas de Napoleon, el cual llegó el 2 de diciembre por la mañana al frente de los muros de Madrid, á la cabeza de la caballería de la guardia, y de los dragones de Lahoussaye y de Latour-Maubourg. Aquel día era el aniversario de la coronacion y el de la batalla de Austerlitz, y así para Napoleon como para sus soldados servia esta fecha memorable de buen agüero. El tiempo estaba enteramente sereno. El mariscal Bessieres, duque de Istria, mandaba la caballería imperial. El emperador, despues de contemplar por un instante la capital de las Españas, ordenó á Bessieres que espidiese á ella un oficial de su estado mayor, intimándole que abriese las puertas al ejército francés. El joven oficial á quien se encomendara esta comision, logró penetrar en Madrid á duras penas, y corrió no poco peligro de ser degollado por el pueblo, el cual le asaltó en las calles, y se disponia ya á darle muerte, cuando la tropa de línea, cuya honra estaba interesada en hacer respetar las leyes de la guerra, le salvó la vida arrancándole de manos de los asesinos. La junta encargó á un general español la mision de llevar a nuestro campo su respuesta negativa. Pero los gefes del populacho exigieron que fuesen escoltando á este general treint'a hombres, mas bien para vigilarlo que para protegerle, porque aquella multitud furiosa creia estar viendo traiciones en todas partes. El enviado español se presentó ante el estado mayor imperial, y á las observaciones reiteradas que por esto se le hicieron, manifestando la imposibilidad en que se hallaba la villa de Madrid de oponer resistencia al ejército francés, y los horrores que serian consi-



guientes al a-alto, callaba aquel desgraciado, bajando los ojos, porque delante de los testigos que le observaban, no se atrevia á dejar traslucir los sentimientos de que se hallaba poseido. Despidiósele, pues, con su triste escolta, declarándole que iba á comenzar el fuego.

Napoleon no tenia aun consigo mas que su caballeria: la infanteria debia llegar á la caida de la tarde. No queriendo fiar á nadie el reconocimiento de Madrid, montó el mismo á caballo, y despues de recorrer la circunferencia de la villa, preparó un plan de ataque, que pudiese dividirse en algunos actos sucesivos, á fin de intimar á la plaza la rendicion en el intermedio de cada uno, y reducirla por la intimidacion mas bien que empleando los temibles recursos de la guerra.

Al declinar el dia llegaron las divisiones Villatte y Lapisse, pertenecientes al cuerpo de ejército del mariscal Victor, y en aquel mismo instante tomó sus disposiciones para apoderarse del Buen Retiro, el cual domina á Madrid por el lado del Este y atacar la puerta de los Pozos, Fuencarral y el portillo del Conde-Duque, que la dominan por el Norte. La luna brillaba con toda su claridad, y la noche se empleó en tomar las posiciones designadas para el ataque. El general Senarmont preparó la artilleria para batir los muros del Buen Retiro, y adoptó las disposiciones necesarias con objeto de emprender una embestida vigorosa. El general Maison, á cuyo cargo se habia sometido el ataque de las puertas de los Pozos, Fuencarral, y Conde-Duque, destruyó las fortificaciones exteriores, y se detuvo al llegar á las puertas, esperando la señal de los ataques simultaneos.

Antes de dar principio á ellos, Napoleon espidió nuevamente á un oficial español, que habia caido prisionero en Somosierra, con una carta de Berthier para el marqués de Castellar, en la cual le intimaba la sumision en términos corteses al par que vigorosos. No se hizo esperar largo tiempo la respuesta. Esta fué tambien negativa, y se decia en ella, que era preciso que se les diese el tiempo necesario para consultar al pueblo y á las autoridades á fin de que pudiesen resolverse. En vista de semejante contestacion, situóse el emperador mismo sobre una altura, desde la cual tenia el Buen Retiro á su izquierda, y las puertas de los Pozos, Fuencarral, y e. Conde-Duque á la derecha, y dió la señal del ataque. Habieado cubierto de balas una bateria española, bien dirigida, el punto donde se encontraba Napoleon, tuvo precision de alejarse un poco, porque no era efectivamente, bajo semejantes proyectiles, como debia sucumbir hombre de tal valia. Asi que se disipó la niebla de la mañana ante los rayos resplandecientes de un sol que brillaba ya en todo su esplendor, el general Villatte, encargado de operar con su division sobre la izquierda avanzó hacia el Buen Retiro, y en el instante mismo en que el general Senarmont abrió brecha en las tapias del bosque con su artilleria, la infanteria penetró á la bayoneta, y tardó muy poco en desalojar de aquel puesto á los cuatro mil paisanos que habian tenido la pretension de defenderlo. La resistencia fué casi nula; por lo que, atravesando nuestras tropas sin dificultad el Buen Retiro, desembocaron inmediatamente sobre el Prado, y se apoderaron de las puertas de Atocha, y Alcalá, y de la artilleria que se habia conducido



á ellas para fortificarlas. Acto continuo, lanzáronse algunas compañías de preferencia sobre las trincheras de las calles de Atocha, Alcalá y Carrera de San Gerónimo, y se apoderaron á pesar del fuego vivísimo de fusilería que hacian sobre ellas los insurgentes. Para ello fué tambien preciso tomar por asalto algunos edificios notables que existian en las calles mencionadas, y pasar por las armas á los defensores que se habian posesionado de ellos.

El general Maison, quien para conservar las casas de las afueras habia tenido que pasar la noche sufriendo un fuego vivísimo atacó las puertas de Fuencarral, del Conde-Duque, y de San Bernardino, á fin de penetrar hasta un edificio vastísimo, (el cuartel de guardias de corps) cuyas paredes, sólidas como las de una fortaleza, podian resistir muy bien á la artillería. No habiendo podido hacer brecha con la artillería de campaña en los muros del cuartel, el general Maison avanzó á la cabeza de un destacamento de zapadores con el objeto de derribar sus puertas á golpe de hacha; mas siendo imposible tambien el forzarlas, á causa de los inmensos materiales que habia aglomerados al otro lado de ellas, mandó que desde las casas inmediatas, de las cuales habia logrado apoderarse penetrando en la villa, se dirigiese sobre el edificio un fuego violento. Ya hacia veinte y una horas que se hallaba sufriendo los disparos del enemigo, cuando recibió en un pie un balazo que se lo hizo añicos. Napoleón mandó hacer alto para intimar de nuevo la sumision á la plaza, antes de emprender el asalto general. Para entonces ya se hallaban tendidos delante del cuartel de guardias de

corps mas de doscientos hombres de nuestras tropas entre muertos y heridos, y era dueño el empujador de las puertas de Fuencarral, del Conde-Duque, y de la del Buen Retiro, fronteriza á la Carrera de San Gerónimo, las cuales habian sido atacadas por el general Maison. Era dueño igualmente de las de Alcalá y Atocha, que habian sido atacadas por el general Villatte, y con esto, y con su artillería, colocada sobre las alturas del Buen Retiro, bastaba para reducir en breve aquella desgraciada villa. Suspendiendo pues, la accion, como hemos dicho, á las once de la mañana, envió nuevamente un parlamentario á la junta de defensa, anunciándola que todo estaba preparado para reducir á cenizas la poblacion, si resistian por mas tiempo, pero que, aun cuando se hallaba en ánimos de dar un ejemplo terrible á las demas ciudades de España que se obstinasen en no abrirle las puertas, preferia, no obstante, deber la rendicion de Madrid á la razon y á la humanidad de aquellos que se habian constituido en dominadores de la villa.

La toma del Buen Retiro y la de las puertas del Este y del Norte, habia producido ya una sensacion vivísima en los defensores de Madrid. Ningun hombre de razon abrigaba la mas ligera duda acerca de las consecuencias que reportaria el asalto. El populacho mismo habia experimentado en las puertas de Alcalá y de Atocha lo que se adelantaba con disparar sobre los franceses desde lo alto de las casas, y la violencia de los ánimos, por ende empezaba á ceder un poco. La junta de defensa aprovechó estas buenas disposiciones para enviar á don Tomás de Morla y á don Bernardo Marti al cuartel general.



Napoleon los recibió delante de su estado mayor con semblante frío y severo. Constandole que don Tomás de Morla era aquel mismo capitán general de Andalucía, bajo cuyo mando fué violada la capitulación de Bailen, prometiase dirigirle un lenguaje que hiciese eco en la Europa entera. Intimidado el general español por la presencia del hombre extraordinario ante el cual comparecía, por decirlo así, y por la irritación visible, aunque contenida, que se revelaba en sus facciones, le dijo que cuantos hombres prudentes había en Madrid, estaban convencidos de la necesidad de rendirse; mas que para ello era preciso que se retirasen las tropas francesas, y conceder á las autoridades algún tiempo para que pudiesen calmar á los habitantes y recabar de ellos que depusiesen las armas. «En vano es que vengais empleando el nombre del pueblo, le respondió Napoleon con voz alterada. Si no podeis tranquilizarlo, vuestra solamente es la culpa, por haberlo escitado á la insurrección y por haberlo alucinado con imposturas engañosas. Reunid, pues, los curas, los prelados de los conventos, los alcaldes y los principales propietarios, y haced de modo que la capital se rinda antes de las seis de la mañana, ó de lo contrario cesará de existir. Ni quiero ni debo retirar mis tropas. Hace algún tiempo degollasteis á los desgraciados prisioneros franceses que habían caído en vuestras manos, y no hace muchos dias tampoco, que consentisteis y tolerasteis que fueran asesinados en las calles dos criados del embajador de Rusia, sin otro motivo mas que por el de que eran hijos de la Francia. Merced á la poca pericia y á la cobardía de uno de mis generales, cayeron

en vuestro poder las tropas que habían capitulado sobre el campo de batalla de Bailen, y la capitulación ha sido violada. ¿Os acordais, señor de Morla, de la carta que escribisteis al mencionado general? ¡No cabe duda en que cuadraba bien el hablar de saqueo y de pillage á un hombre como vos, que en 1795 arrebatava en el Rosellon á todas las mugeres y las repartía como un botín entre sus soldados! ¿Con qué derecho, pues, podiais permitir semejante lenguaje? La capitulación de Bailen os lo prohibía. ¡Ved si no cuán diferente ha sido la conducta de los ingleses, los cuales están seguramente muy lejos de poder preciarse de observadores rigidos del derecho de las naciones! Quejáronse, es verdad, de la capitulación de Cintra; pero la han cumplido fielmente. Violar los tratados militares es renunciar á toda civilización; es nivelarse con los beduinos del desierto. ¿Cómo osais, pues, pedir una capitulación, habiendo violado en los términos que lo habeis hecho, la de Bailen? Ya estais viendo, cómo la injusticia y la mala fé se convierten en perjuicio de los mismos que se prevalen de ellas. Yo tenia una escuadra en Cádiz; esa escuadra era aliada de la España, y sin embargo, habeis dirigido contra ella los fuegos mortíferos de la ciudad, cuyo mando os estaba encomendado. Yo tenia un ejército español en mis filas, y he preferido verlo embarcarse en buques ingleses y precipitarlo mas tarde de las alturas de Espinosa, á desarmarlo. He preferido tener nueve mil enemigos mas que combatir, á faltar á la buena fé y al honor. Regresad, pues, á Madrid, señor de Morla; os concedo de término hasta mañana á las seis de ella. Volved, si os place, cuando no tengais ya que hablarme del



pueblo mas que para decirme que se halla sometido. De lo contrario, vos y vuestras tropas seréis pasados por las armas.»

Estas palabras, tan duras y tan temibles como merecidas, hicieron estremecer de espanto á Tomás de Morla, quien al regresar ante la junta, no fué dueño de disimular su turbacion, y se mostró tan cortado que triarte se vió en la precision de comunicar á aquella el resultado de la mision que habian ido á desempeñar ambos cerca del cuartel general francés. La imposibilidad de la resistencia era tan evidente, que la junta misma, á pesar de hallarsetan dividida en opiniones, convino por unanimidad, ó al menos por una inmensa mayoría, en la necesidad de rendirse, y envió de nuevo á Tomás de Morla cerca de Napoleon para que le anunciara la rendicion de Madrid bajo condiciones insignificantes. Durante la noche del 3 al 4, el marqués de Castellar se propuso escapar con sus tropas, asi de la severidad como de la clemencia del vencedor, y al efecto salió por las puertas del Este y del Sur, que no estaban ocupadas por los franceses, seguido de sus soldados y de las gentes mas comprometidas en favor de la insurreccion. A la mañana siguiente abriéronse las puertas de la villa al general Belliard, y el ejército francés se apoderó de los principales barrios, estableciéndose en los edificios mas vastos de Madrid, y con especialidad en los conventos, á cuyas espensas exigió Napoleon que fuesen mantenidas sus tropas. Acto continuo procedióse á un desarme general é inmediato, y sin entrar en la corte dirigióse el emperador con su guardia á Chamartin, donde escogió para su alojamiento una casa de campo que posee

en aquel pueblo la familia del duque del Infantado. En seguida prescribió al rey José que atravesase las montañas del Guadarrama, y que escogiese para residencia suya el real sitio del Pardo, que solo dista de la capital dos ó tres leguas. Las intenciones de Napoleon no eran otras que imponer á los habitantes de Madrid por medio de una ocupacion militar prolongada antes de devolverles el régimen civil con la nueva monarquía, y su conduccion en aquella ocasion fué tan hábil como enérgica.

Sin hacer uso de la crueldad, sino de la intimidacion únicamente, queria colocar á la nacion entre los beneficios que él iba á proporcionarle, y los castigos terribles que estaba dispuesto á emplear contra aquellos que se obstinasen en la rebelion. Para entonces ya habia decretado la confiscacion de bienes contra los duques del Infantado, Osuna, Hija y Medinaceli; así como tambien contra el conde de Altamira, el marqués de Santa Cruz, el príncipe de Castel Franco, y Ceballos. Estos dos últimos fueron castigados, porque habiéndose adherido en un principio al rey José, abandonaron luego su servicio. Napoleon se hallaba resuelto á usar de una severidad extraordinaria con aquellos que anduvieran pasándose de un partido á otro, y que á una resistencia, muy legitima en sí, añadiesen la traicion, la cual estuvo muy lejos de serlo. A su modo de ver, el príncipe de Castel Franco y el duque del Infantado solamente eran culpables por debilidad, al paso que en Ceballos suponía motivos mas feos. Por esta razon habia dado orden para que se le pusiera preso donde quiera que se le encontrase: mas habiendo huido éste, Napoleon mandó que se prendiese á Castel Franco y al mar-



qués de Santa Cruz, los cuales no habian tenido tiempo de ocultarse, asi como tambien al duque de Saint-Simon, á quien sometió al juicio de una comision militar, por haber incurrido en la pena de aquellos que sirven contra su patria. Hizo arrestar igualmente á los individuos del consejo de Castilla, dando orden para que fuesen conducidos á Francia, y mandó, por último, que se repitiese un nuevo desarme mas completo y mas general, exigiendo al propio tiempo, como ya hemos dicho, que los conventos alojasen en sus claustros una parte de nuestro ejército, y que la mantuviesen á sus expensas.

Mientras que desplegaba por un lado todo este rigor, y queriendo que la generalidad de la nacion española parase su atencion en los beneficios que debia reportarla la dominacion francesa, decidió por una serie de decretos la supresion de las lineas de aduanas en lo interior de la Península, la destitucion de todos los individuos del consejo de Castilla, y su reemplazo por medio de un tribunal supremo, la abolicion de la inquisicion, la prohibicion de que se reuniesen dos empleos en una misma persona, la derogacion de los censos enfiteuticos, y la reduccion de una tercera parte de los conventos existentes en España.

El deseo de contemporizar con el clero y la nobleza, habiale obligado en un principio á vacilar sobre la oportunidad de consignar estas graves medidas en la constitucion de España hecha en Bayona. Pero al presente que la insurreccion se habia hecho general, no habia ya necesidad de guardar consideraciones con tal ó cual clase, sino que antes bien le convenia procurar conquistar por medio de

sabias instituciones la parte mas sana de la nacion, remitiendo al tiempo y á la fuerza el conquistar lo restante.

Promulgados que fueron estos decretos, declaró á las diversas diputaciones que acudieron á presentársele, que no considerándose sino como un general extranjero, al mando de un ejército auxiliar de la nueva dinastia, se hallaba resuelto á no entrar en Madrid: que en cuanto al rey José, tampoco se lo devolveria á los españoles, hasta tanto que le probasen que eran dignos de poseerlo, por medio de una sincera adhesion á su persona: que no estaba en ánimo de volver á constituirlo en el palacio de los reyes de España, para verlo espulsado por segunda vez: que si los habitantes de Madrid se hallaban dispuestos á mostrarse mas adictos á este príncipe, apreciando en su justo valor todo el bien que podian prometerse de una monarquía nueva, ningun inconveniente tenia en devolverse-lo, cuando todas las cabezas de familia le hubiesen prestado juramento de fidelidad sobre los Santos Evangelios; que en el caso contrario renunciaria á imponer á los españoles un reinado hácia el cual no tuviesen simpatías; pero declaróles al propio tiempo, que siendo como era su conquistador, usaria para con ellos de todos los derechos de la conquista, que dispondria del pais como mejor le acomodase, y que lo desmembraria probablemente, tomando para sí aquello que creyese conveniente añadir al territorio de la Francia.

Ocupándose en seguida en proporcionar á su hermano José una base de ejército, ordenó que se reuniesen en un regimiento de algunos batallones todos los alemanes, napolitanos y otros estrange-